

*Los Grandes Cuadros de
los Museos Españoles.*

*Retrato de Carlos III.
de Goya, en el Museo
del Prado.*





Plantando el algodón.

El cultivo del Algodón en Egipto.

El cultivo del algodón constituye para Egipto una tradición y una riqueza. Cuatro mil años antes de Jesucristo, el país de los faraones comenzó a comerciar con la utilísima fibra, que hoy esparce por el mundo entero.

(Fots. Scherl).



Limpieza de la fibra.



El embarque de las pacas.



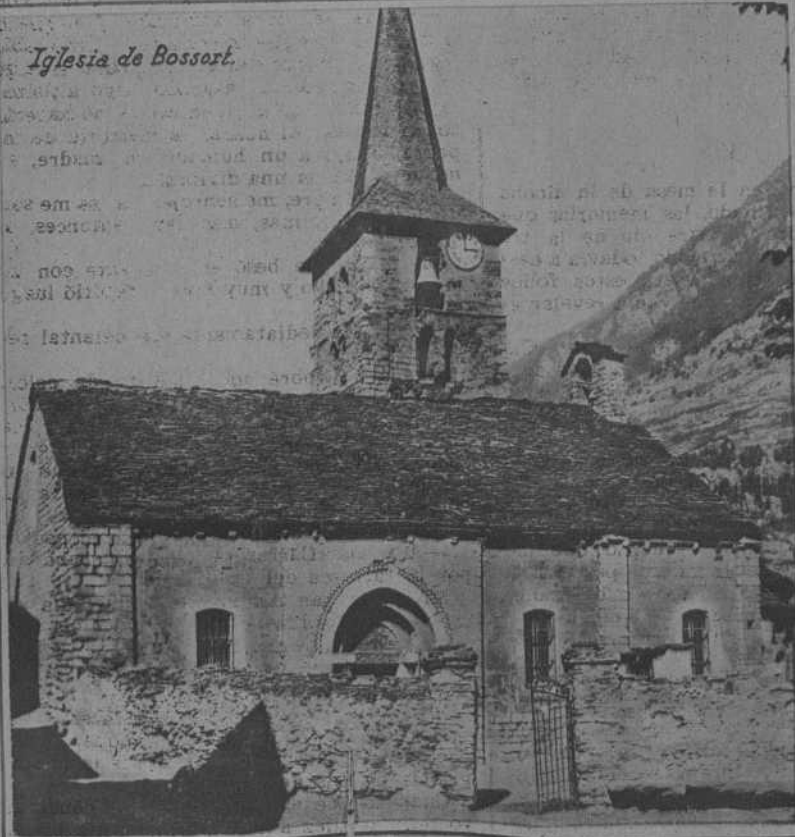
El ensacado de la borra.



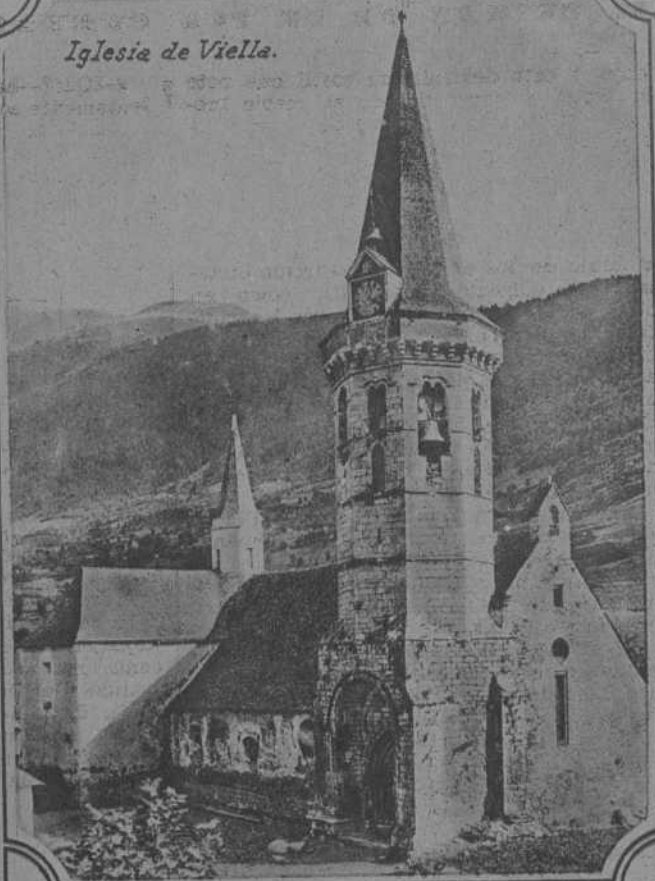
La recolección.

*Los antiguos templos
del Valle de Aran.*

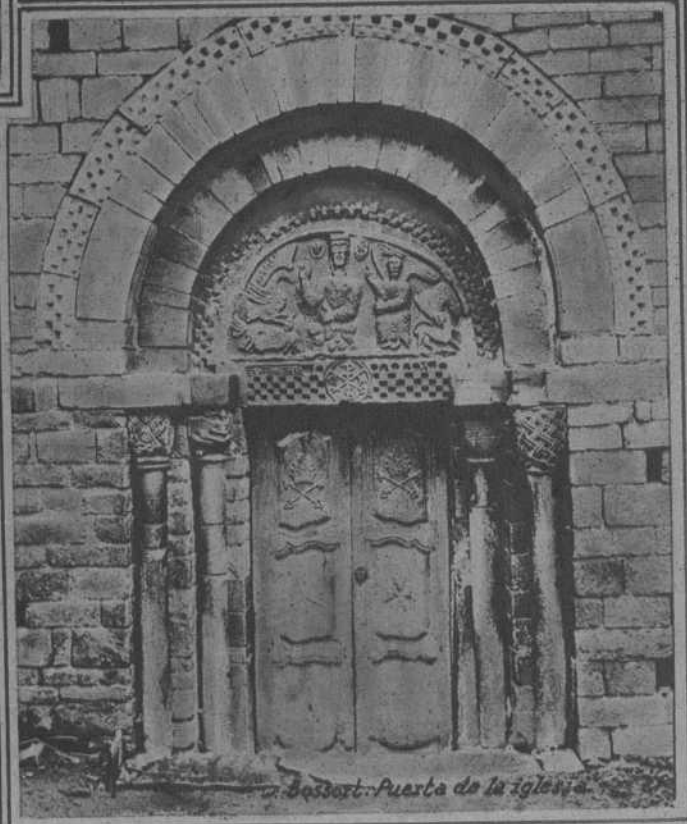
Iglesia de Bossort.



Iglesia de Viella.



*Campanario de
Arties.*



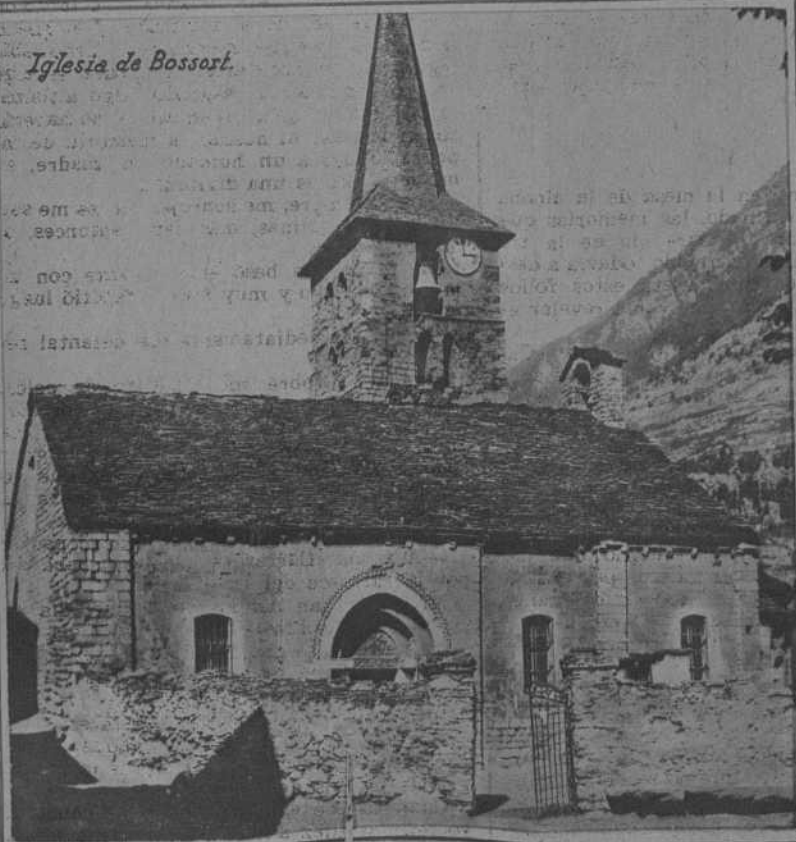
Bossort: Puerta de la iglesia.

Sorprenden al visitante, por la originalidad inconfundible de su estilo, los antiguos templos del Valle de Aran. En ellos la huella románica se acusa acentuada y en sus detalles, en sus interiores se advierte una inesperada influencia bizantina.



*Los antiguos templos
del Valle de Aran.*

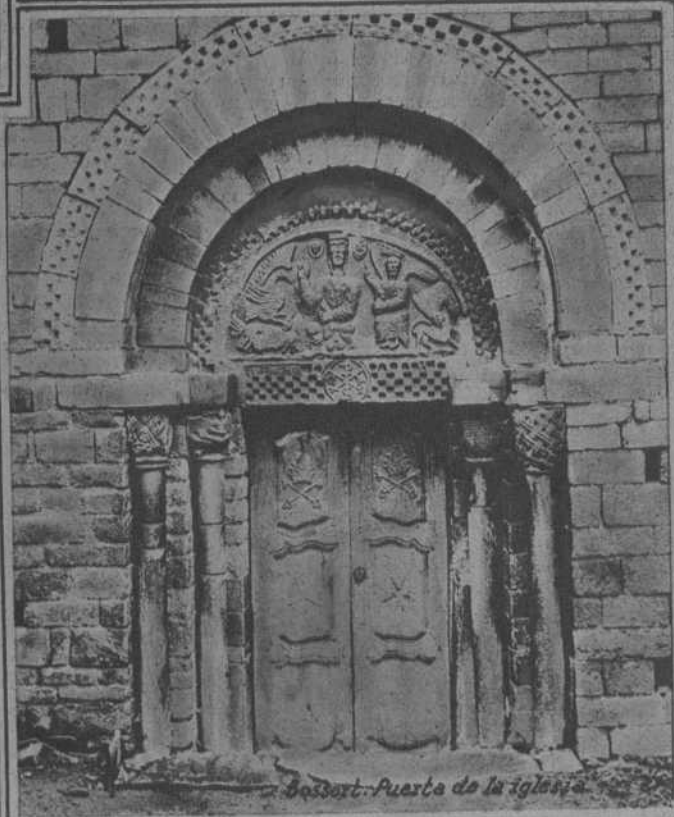
Iglesia de Bossort.



Iglesia de Viella.

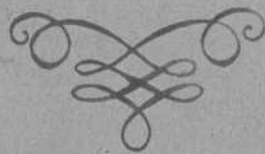


*Campanario de
Arties.*



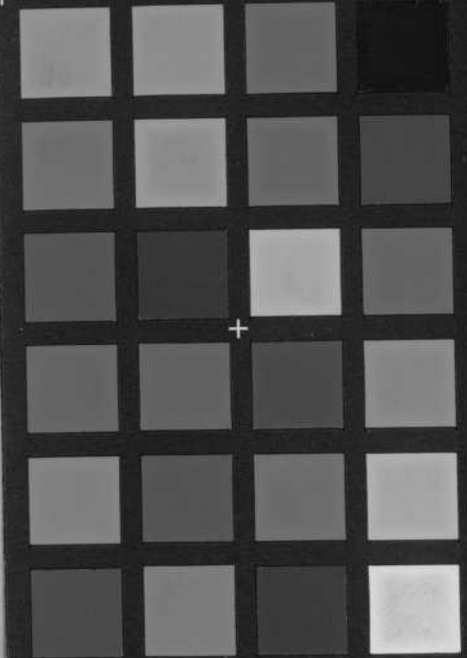
Bossort. Puerta de la iglesia.

Sorprenden al visitante, por la originalidad inconfundible de su estilo, los antiguos templos del Valle de Aran. En ellos la huella románica se acusa acentuada y en sus detalles, en sus interiores se advierte una inesperada influencia bizantina.



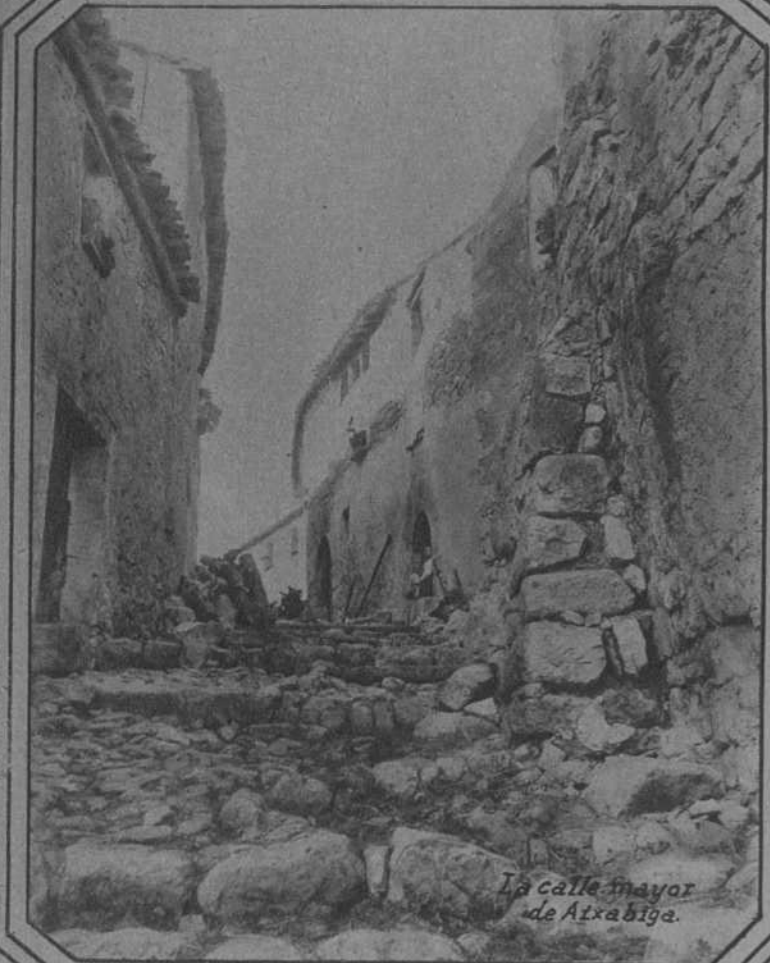
xrite

colorchecker CLASSIC

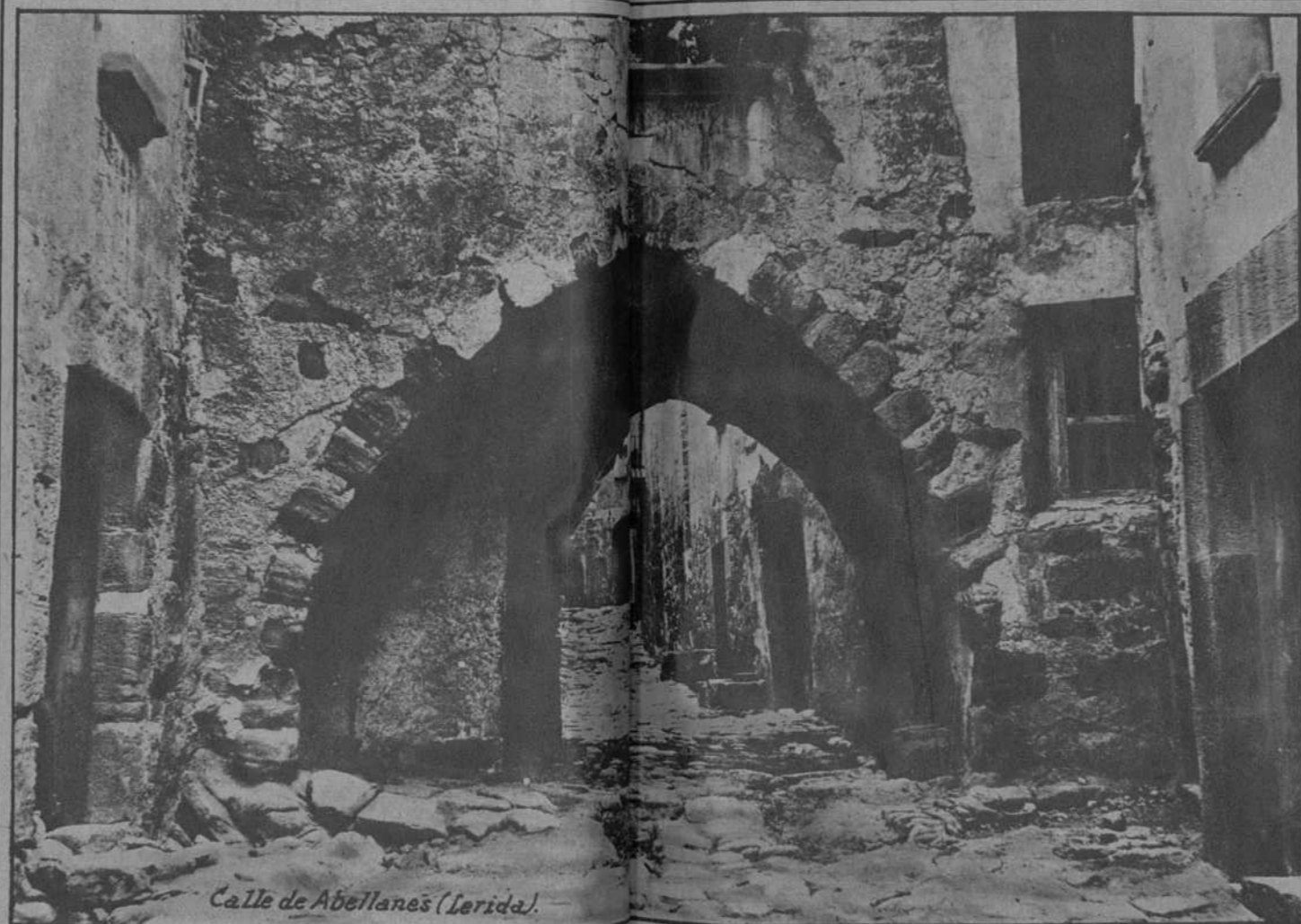


mm

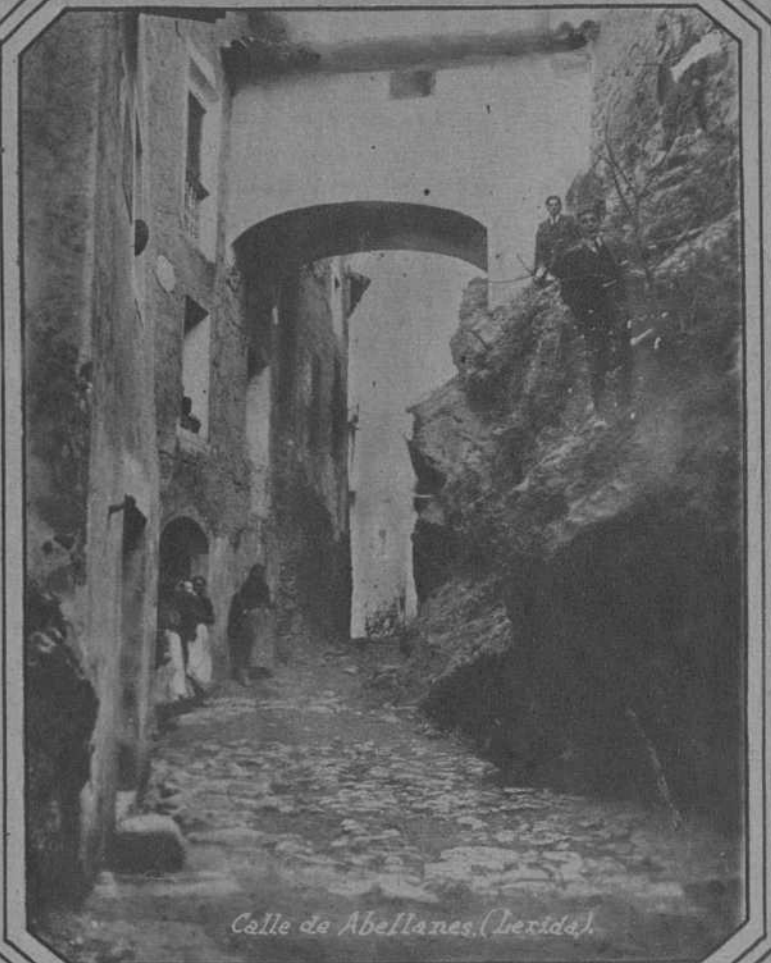
Las calles típicas de Cataluña.



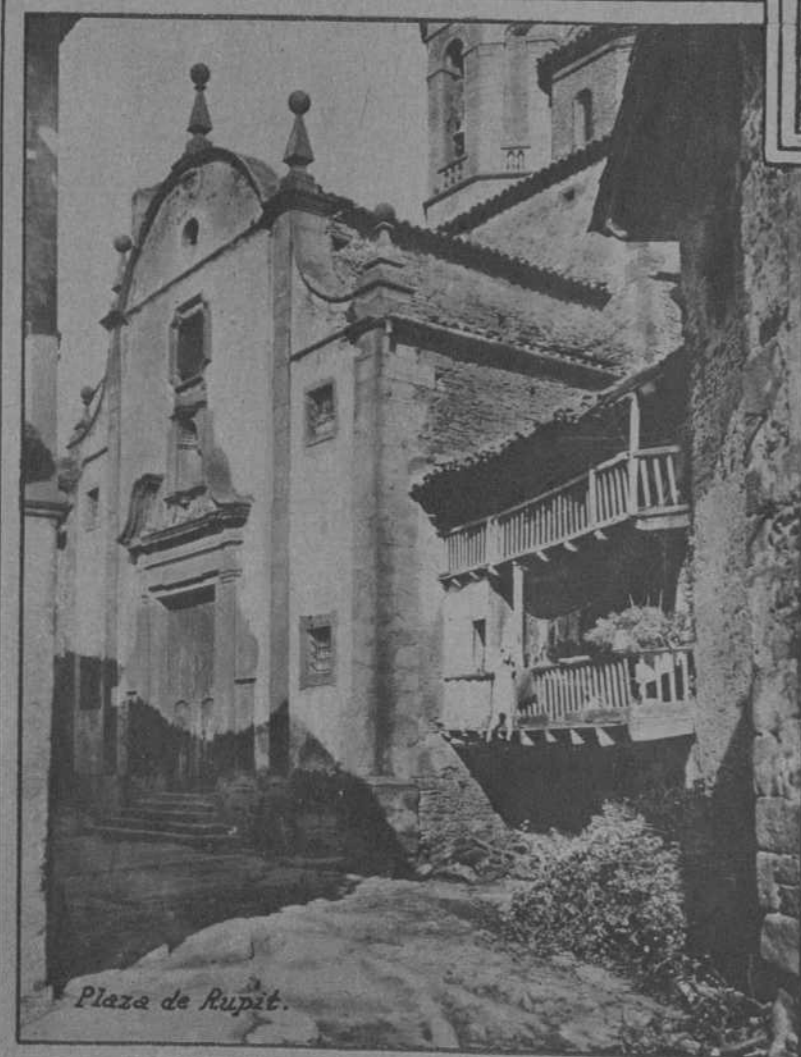
La calle mayor de Aizabiga.



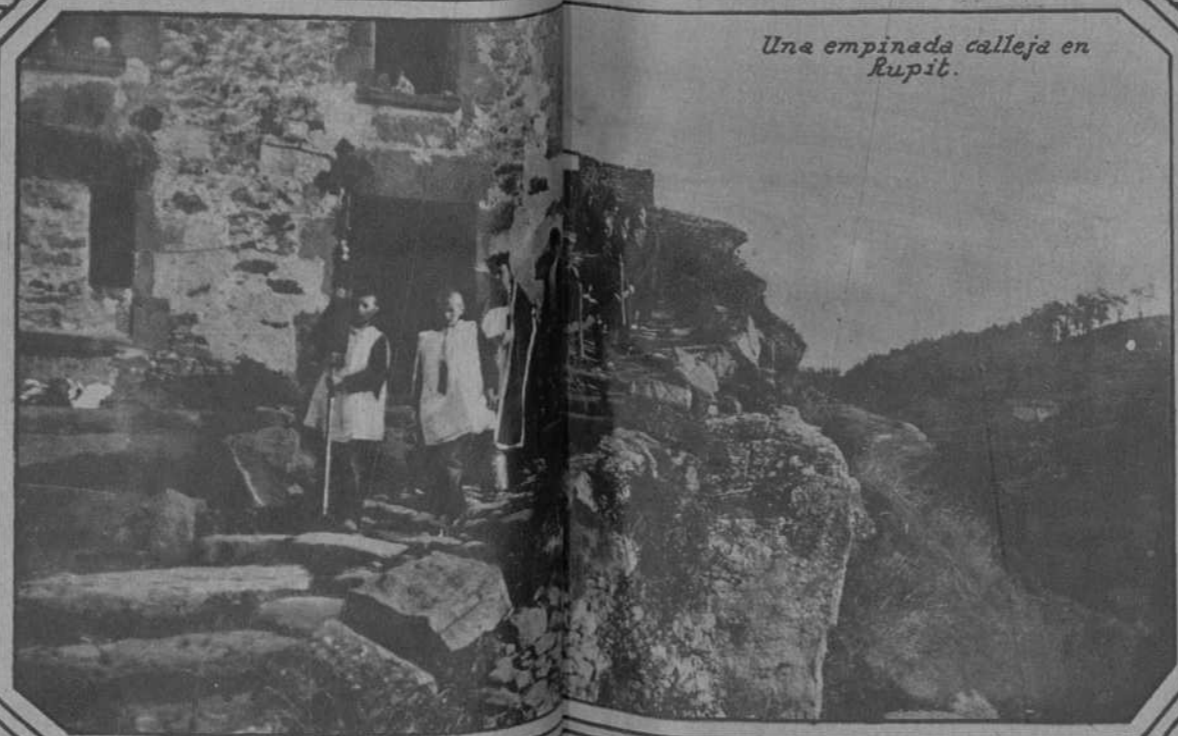
Calle de Abellanes (Llerida).



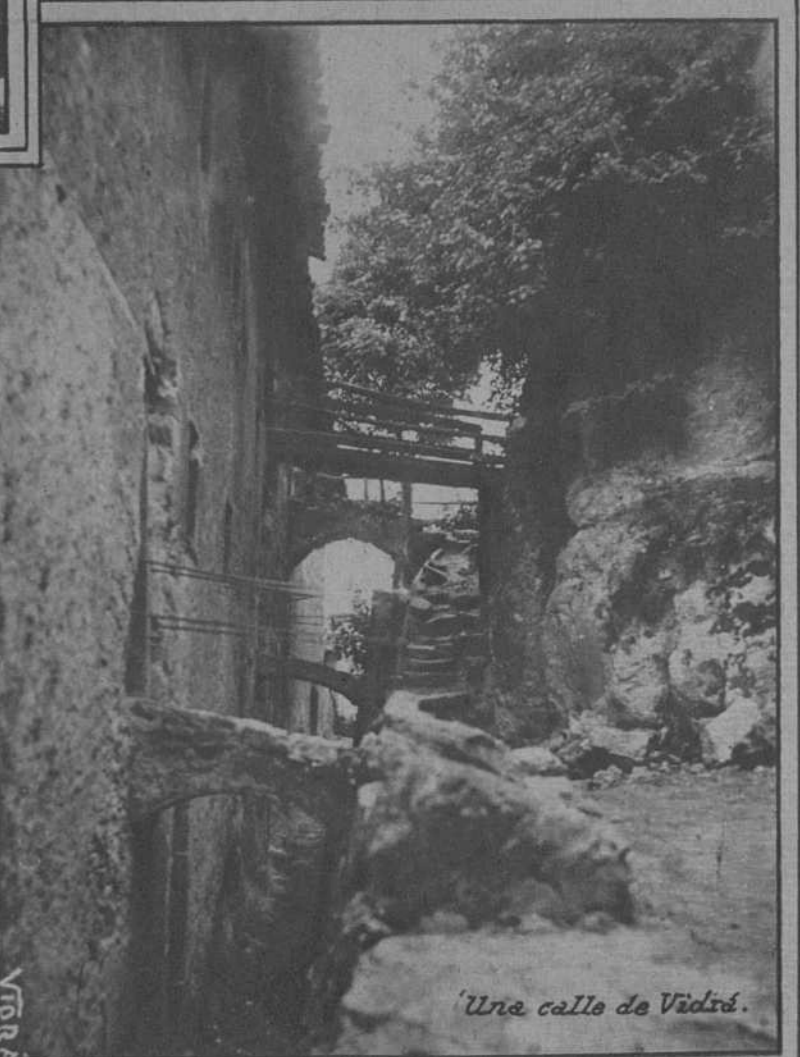
Calle de Abellanes (Llerida).



Plaza de Rupit.



Una empinada calleja en Rupit.

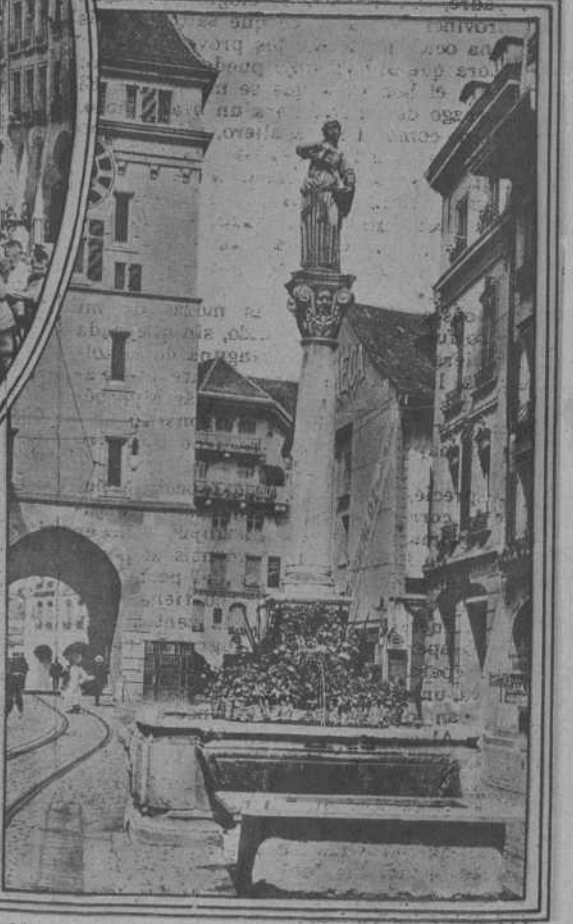
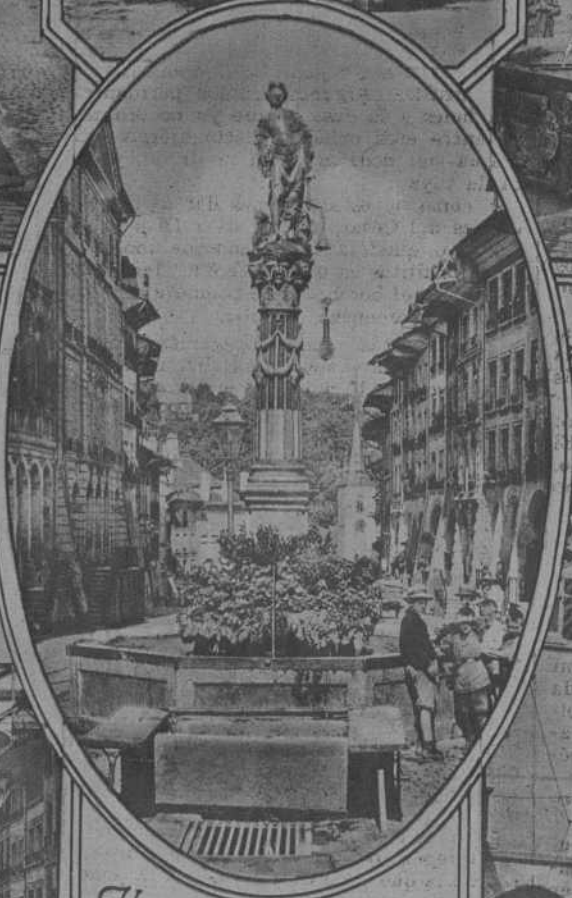


Una calle de Vidrà.

Contraste vivísimo con las amplias vías ciudadanas ofrecen las angostas y tortuosas callejas de algunos viejos pueblos de la montaña catalana. Típicas y modestas, en ellas la vida local se reduce a una no interrumpida quietud...

Berna,

la ciudad de las fuentes



Uno de los encantos de Berna, mas gustados por el forastero, lo constituyen las muchas y artisticas fuentes que adornan sus calles; fuentes levantadas en homenaje a heroes reales o legendarios, que dan a las tipicas villas de la capital helvetica un sello original y sugestivo.



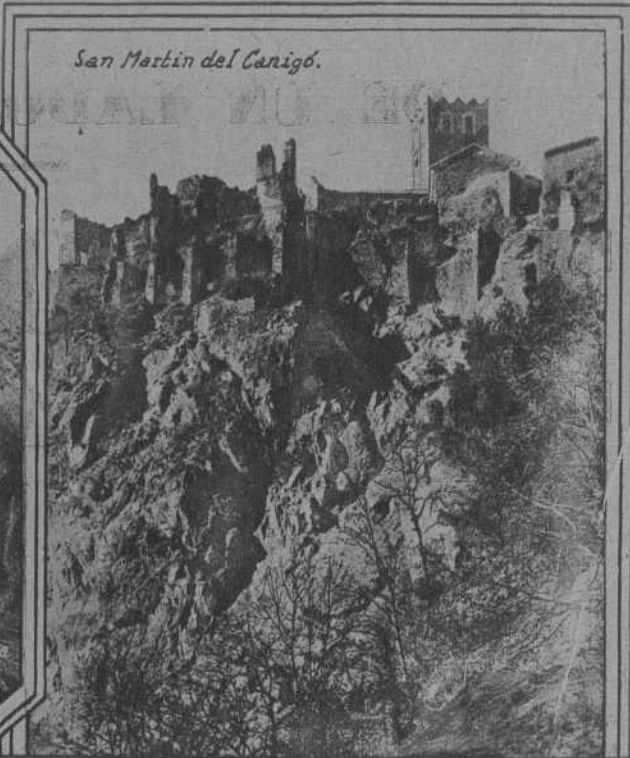
(fots. Vidal).

Foto publicada en el libro "Berna, la ciudad de las fuentes" de Vidal. El libro describe la historia y el arte de Berna, destacando sus famosas fuentes. Este es un ejemplo de la tipografía utilizada en el libro.

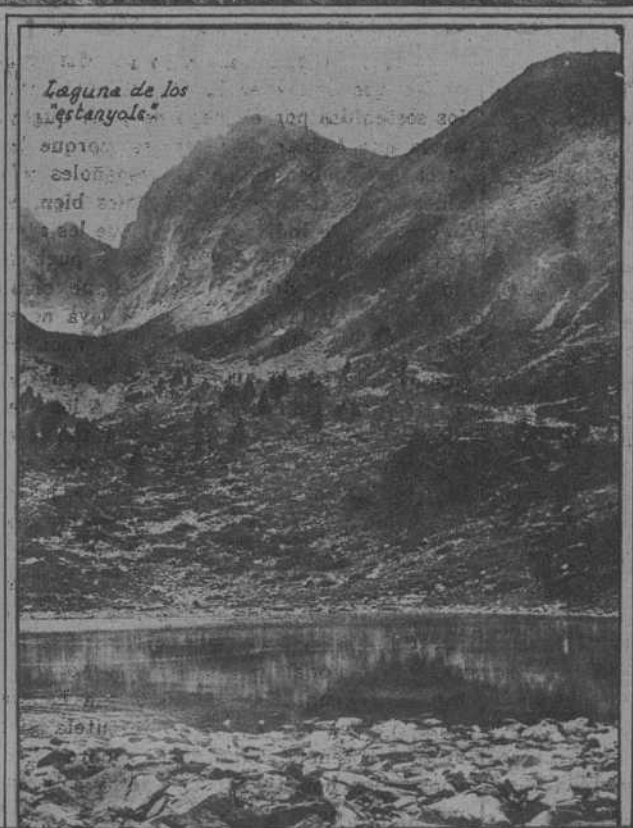
El Canigó.



Vista panorámica del Canigó.



San Martín del Canigó.



Laguna de los Estanyols.



La cabaña de Aragón y el templo de orientación.



Los Picos de Aneto 2735 ms.

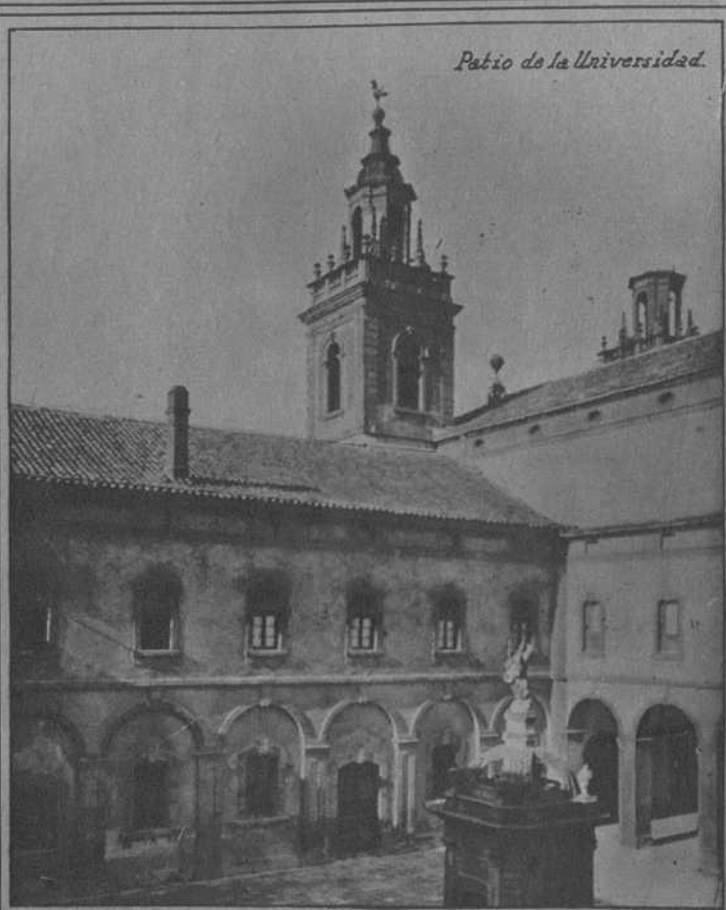


El Canigó para los rosellonenses es un santuario y la montaña que protege todas las tradiciones del Rosellón. Para nosotros, es una excursión y un trozo de literatura pirenaica. Por eso, Montserrat predomina sobre el Canigó, porque es todo tradición, leyenda, religión y poesía.

*La antigua Universidad
de Cervera.*



Fachada exterior.



Patio de la Universidad.



Puerta de la Biblioteca.



Fachada interior.

Elípe V. al crear en 1718 la Universidad de Cervera, la colmó de distinciones y privilegios. Cuando, al correr de los años, fueron de nuevo trasladados a Barcelona los estudios, el bello edificio fue profanado y expoliado, siendo inminente su ruina. Los P. P. Misioneros, que hoy lo ocupan, lo han restaurado y han rehecho la crónica de la efímera institución, que albergó los nombres ilustres de Don Finestres, Gimbernat, Bofarull, Balmas, Ferrusola, Caresmar, Milá y Fontanals y Aymerich.

(Fot. Arxiu "782")

EL CRIMEN DE LA TIA CARRASCA

Confesiones de un pobre hombre vago, aristócrata y sentimental

ADVERTENCIA AL QUE LEYERE

No he escrito mi «diario», ni creo que nadie, en la exacta formalidad periódica de la expresión, haya escrito el diario de su vida. No pudiendo, lógicamente, la de cada uno transcribirse día por día, ¿verdad, lector, que has sonreído alguna vez ante el absurdo de ese «día» de los «diarios» en el que, después de una catástrofe o de una delicia sentimental, pretende el autor haber tenido la serenidad de interrumpir la alegría o la amargura, para trasladarla, ecuanimemente, a su diario?

Este monotonía de pliegos de papel que te ofrezco, no lo formé, pues, añadiendo un pliego cada día al primer pliego. Por el contrario, una jornada escribí mucho; otra, poco; otra, nada; otra, mucho, de nuevo... Y, así, se han reunido algunas impresiones de mi vida. Pero en manera alguna es un diario, lector mío, este montón de pliegos de papel, de páginas de vida, vividas y pensadas, que hoy ha llegado a ti.

Por ello peque tal vez de deslabazado el manuscrito, o percibas en él las llanuras y las lagunas de la falta de hilación: hijo lo uno de la mengua de régimen de mi trabajo; consecuencia lo otro de no haber trasladado al papel mi llanto o mi risa, a seguido de llorar o de reír.

Y como, a veces, escribí llorando los recuerdos de risa, o riendo los de amargura, es por ello quizás que la carcajada o el sollozo llegan a hacer nunca explosión a lo largo de mi historia. Con lo que, sino otra, tendrá ésta la bondad de la discreción. Sé tú, lector, tan bueno y tan discreto, que termines el escrito «de un tirón», si te agrada; y si te aburre, ciérralo, sin pasar de la página donde llegó el hastío, pero hazlo calladamente, elegantemente... discretamente. ¡Es toda mi vida, palpitante de inquietud; dulce y amarga, alegre y melancólica, mala y buena, sabia e indocta, lo que tienes entre las manos!...

I

Únicamente al mirarlos desde la lejanía del recuerdo, aparecen iluminados, gratos y cordiales los caminos de nuestra vida: caminos hostiles, áridos y fogosos cuando cometemos la torpeza de repararlos materialmente.

No me refiero, claro es, a la vida en sí—que sigue, pasa, continúa sin volver jamás sobre sus pasos—sino a los afectos, a las personas y a las cosas.

Hay que viajar, pues; hay que desplazarse de continuo; hay que marchar siempre hacia adelante, sin pasar dos veces por la misma persona, por el mismo corazón ni por igual camino. La alegría de «ir», no es tan grande como la tristeza de «volver»; el placer de marchar, no compensa de la melancolía del regreso.

¡Y yo, sabiéndolo, he vuelto a mi pueblo! ¡A mi pueblo, que era lo único libre de prosa, rodeado de prestigios de maravilla que estaba en mis recuerdos! ¡Oh, cómo es doloroso comprobar que no me sirvieron de lección ni de escarmiento los pesados desencantos, al percibir, ya hombre, las mezquindades de los hombres y de las cosas,

Novela corta, por DOMINGO DE FUENMAYOR

ocultas a los ojos de la niñez y de la adolescencia!...

Dijérase que el mundo es un traje que de niño nos está demasiado holgado y de hombre demasiado pequeño. ¡Y es horrible tener la facultad, la capacidad de crecer, y deber vestir siempre el mismo traje!...

Mas, no, oh, no refleja esta petulancia lo que quise expresar. Me limitaré a consignar cómo, de hombres, perdemos ese sexto sentido que permite verlo todo maravilloso, reservado a los niños.

Bien sé, no obstante, que se reduce a una cuestión de dimensiones; de «estatura» del espectador, mejor dicho. Y por eso es ingrato, al rever las cosas, notarlas tan pequeñas, o más pequeñas, que nosotros mismos... Aún recuerdo mi desencanto al volver a ver, al cabo de veinte años, un pobre cajón viejo, dividido en varios compartimientos empapelados burdamente, que a mí, de niño, me hicieron proclamar cómo mi hermana poseía la más lujosa y más extraordinaria casa de muñecas de ambos mundos. Y al recordar esto, creo haber encontrado la definición de lo que antes, con tanta desgracia, pretendí expresar: el valor que para nosotros tienen las cosas—pasiones, afectos o casas de muñecas—, depende de que las miremos desde arriba, o desde abajo.

¡Qué insensato, yo, al volver a mirar y a ver tal cual realmente son, desde mi plano «superior» de hombre, las cosas y las gentes que había visto desde mi situación infantil de «inferioridad»!

En esta torpe profanación de maravillas, solo a mi pueblo había respetado; al pobre pueblo mío, que era, en el recuerdo, una luminosa aldea de casitas blancas y de fértiles campos prodigiosos, la que sólo fuera capaz de trasladar al lienzo un apacible y dulce y académico pintor, ilustrador también de cuentos de hadas.

Cuando en él de chiquillo me bañaba, el Meján, el río triste de barbas sucias «de hoy», se me antoja un caudal de limpia plata líquida y tibia. ¡Pobre Villagrís del Meján, mi pueblo!...

En la memoria, sin duda, mis paisanos se confundían con los intérpretes de alguna comedia para párvulos que viera en el teatro de la ciudad. Así, como príncipes o amables comediantes disfrazados de pastores y de campesinos, los recordaba limpios, sanos, buenos y reidores... Pobres paisanos míos ignorantes, comidos las bajas pasiones y, sobre todo, sucios, sucios, sucios... ¡qué mal he hecho en quitarles su prestigio de personajes de leyenda, o de comedia de magia!...

Es tan mísera la vida en el pueblo, que

la la única fiesta de los indígenas consiste en organizar bárbaras comilonas campesinas, tal que si la alegría no pudiera prescindir de la complicidad del estómago; como si no más las tortillas plebeyas y el vinazo fueran motivo de jolgorio y de holganza. ¡Yo no sé cómo estos niños de los alrededores no dan ya el fruto prosero de los grasientos papelones en que las señoritas—las señoritas—envuelven sus merendolas los domingos!...

Viajera exquisita, misteriosa y enojada de transatlántico suntuoso y de vagón-lit; berlinesa añorada, inglesita rubia, parisina inquietante, esbelta como un garzón; mujercitas divinas de mi vida: ¿dónde estáis? Al saltar las fronteras, al trasponer las razas mi inquietud de insaciable caminante cambiarlas de nombre y de idioma; pero érais siempre lo exquisito, érais la belleza la delicadeza, la Fémica Augusta Internacional.

Dejad siquiera que se embriague con el néctar dulce de vuestro recuerdo, a quien tantas veces se embriagó, con vosotros de olorosos vinos o de mirarse en el fondo de vuestros ojos negros, azules, verdes, o de «serenas aguas de luz de lunas», como los ojos de Olga—la última—, en aquel verso pensado en español y sentido en el lenguaje universal del silencio, junto a ella.

II

Me pareció que en mí recibía toda mi estirpe una paletada de ignominia, cuando mi huésped me dijo, disimulando torpemente su desconfianza, no obstante mi prestancia de ternos bien cortados y el prestigio del abundante equipaje que he traído:

—Si le diera lo mismo pagarme por adelantado...

El primer impulso, me hubiera hecho cruzarle la cara. Pero... me ha dado lo mismo. Rudimentariamente, este hombre tiene razón en desconfiar. Tiene razón, según los dictados de su bellaquería.

Mi padre, mi pobre padre, dejó aquí muchas deudas. Tantas, que sin pagarle lo que le debían, pasaron a acreedores sus dueños... Este mismo Juan, el posadero, es uno de ellos. ¡Oh, cómo me hubiera manchado la mano al abofetearle!...

¡Cuánto prestigio he roto, con volver a mi pueblo! Mi pueblo, era el refugio, era mejor—mi tesoro de ilusiones. Volver a mi pueblo, ha equivalido a robarme yo mismo mi tesoro.

En mis continuos viajes, en mi seguida recorrer ciudades, cuando me notaba forastero y extraño, me decía:

—Oh, pero yo tengo mi pueblo también. Hay un rincón del mundo, que es como si fuera mío.

Y en mi pueblo, pobrecito incauto de mí, soy algo más que un extranjero y un extraño: un intruso.

Las gentes, mis paisanos, se preguntan para qué habré venido, sin comprender cómo he vuelto por el peso que ponía en mi corazón el sentirme «forastero» de todos los países.

Mis paisanos, esperan la razón de mi viaje; temen, mejor dicho, la razón de mi

viaje. Y esta desconfianza hostil que noto en todos, es como si todo el pueblo profanara con insultos el cuerpo de mis padres, que duermen en el modesto Camposanto.

III

El «Casino», el único casino—no hay aquí «Círculo de los señores» y «Círculo Artesano» y «Círculo Mercantil», como en otros pueblos, como en casi todas las capitales de provincia—, el único Casino, con una gran galería enristalada sobre las aguas sucias del Meján, está compuesta por una sola sala inmensa, enjalbegada y fría. En un extremo, hay una tarima para la mesa de billar en la que—un nuevo dolor—he visto dibujados en incrustaciones de nácares los blasones de mi casa.

Los días festivos, se arrinconan el billar y en el entarimado se improvisa un escenario, donde el «Cuadro Dramático» de la sociedad interpreta los productos más espe-luznantes del sector ramplón de la dramática del siglo XIX.

En el casino, he saludado a Teófilo Hernández, otro de los «acreedores» de mi padre. Recordaba muy vagamente a este hombre; pero, así y todo he podido darme cuenta de que ha envejecido demasiado, habida cuenta de que sólo han transcurrido—sólo...—veinte años desde la última vez que lo ví.

Ha sido una grata sorpresa la del encuentro que—aleccionado por las amarguras de estos días—, no he tenido empeño en provocar.

Me recibió con un gran abrazo y no hubo en su charla, salpicada de recuerdos de los míos, ni la más velada reticencia. Aún más: al nombrar a mi padre, ha dicho siempre «el señor», respetuosamente... como «entonces».

Se lo he agradecido mucho, tanto, que tal vez termine en su casa mi temporada aquí que, desde luego, no será muy larga.

«Aún hay buenas almas, señor! Y, habiéndolas, una de ellas es la de este Teófilo Hernández, a quien me consta que mi padre debía más dinero que él a mi padre.

Claro que pagaré a todos, a todos. Pero a Teófilo Hernández le pagaré con mayor placer cordial que a ninguno.

IV

Vivo ya en casa de Teófilo Hernández... Y Teófilo Hernández, es como los demás; acaso peor que los demás.

No reclamaba deudas a la memoria de mi padre... —Claro, tiene en su casa la biblioteca de la mía, la preciosa biblioteca de los Guevara.

Los estantes, repletos de volúmenes preciosos, están confinados—otra ignominia—en los amplísimos graneros de la casa.

Hice el «descubrimiento» yo solo, comunicándoselo enseguida:

—Teófilo, no sabía que guardaras tú los libros de mi padre.

Toda su cazarería, maliciosa toda su gramática parda, no le ha valido para disimular la turbación que le embargaba.

Pero ha podido balbucir: —Guardar... Guardar... No los guardo: son míos.

Sirvieron para saldar «aquello». —Bien—no he querido discutir, ¿para qué?—¿están todos?

—Todos, sí.

—Yo te los compro.

Los he comprado por unos cuantos miles de pesetas, que, aun a sabiendas de que compraba una cosa mía, me han parecido pocos, por lo que para mí, espiritualmente, significa el recobrar esos libros, que trasladaré bien pronto a mi casa de Madrid.

He examinado muy a la ligera las estanterías, pero no tanto que haya dejado de notar la falta de los manuscritos de mi padre, Teófilo, me ha explicado, magnánimo:

—Los manuscritos, los guardo aparte. Y esos, no te los vendo: te los doy. Pero, hay cosas en ellos, que...

—¿Qué?—he preguntado, demasiado violentamente acaso.

—Que no perderías nada por dejar de leerlos. El señor—¡oh, qué burlesco me parece esto del «señor», ahora que sé cómo es Teófilo Hernández!...— Vivió tan difícilmente en la última época... Además, creo que escribió una especie de memorias sobre lo de la «tía Carrasca».

V

Tengo ante mí, en la mesa de la alcoba que se me ha destinado, las memorias que escribió mi padre... sobre «lo de la tía Carrasca». No me he atrevido todavía a cesar el balduque que sujeta estos folios amarillentos, que acaso me van a «revelar el secreto de mi vida».

Al cabo de los años, este nombre: «Carrasca», que inquietó mi infancia y mi adolescencia, vuelve a inquietarme. Al cabo de los años, muerden en mi alma los recuerdos, uno a uno:

Ya sé que los grandes sucesos de la vida dejan en la memoria huella perdurable. Mas como, por acontecimientos posteriores, he podido fijar en los tres años mi edad a la sazón de aquel primer recuerdo que me asalta, bien puedo hacer gala de poseer una memoria extraordinaria. Tanto más, cuanto que ignoro hasta qué punto puedo en verdad calificar de gran suceso aquel suceso pequeñito.

Pequeñito, sí, no obstante hacerme confirmación del misterio de la muerte, que para mí no era desconocido. La muerte, o, mejor, «ver un muerto», ver el primer muerto, que es algo que no se olvida nunca, habiásemme ya revelado un par de meses antes, al morir no sé cuál vecino, cuyo entierro—bárbaro y primitivo: sin ataúd—, presencié casualmente...

Pero podría añadir que, no obstante la tan excasa diferencia de tiempo, recuerdo más claramente, con más detalles la muerte de la tía «Carrasca», con ser la segunda muerte que veía, que la del vecino aquel.

Tres años tenía, ya lo dije, y recuerdo, tal que si la reviera, ahora el cuerpo encogido, encogido de la viejuca, a la que se me ocurrió que el ataúd «la estaba grande».

Su modesto cuarto, sirvió de capilla ardiente. Yo entré a mediodía, un par de horas después de ocurrir el fallecimiento. Mi fino olfato percibió en seguida, con horror, los olores de la muerte. Aquel día, abandonó el suyo peculiar el cuarto de la tía «Carrasca».

Hasta bien maduro, no pude, saber a qué olía el cuarto de la tía «Carrasca». Oía pude acertar un día casualmente, comprobándolo con el recuerdo a «lana mojada». Pero aún no he podido averiguar por qué olería así.

Entré al mediodía, como ya he dicho, en la cámara mortuoria. Piadosamente, se había amortiguado con un paño negro la insolencia del sol que quería entrar por la ventana abierta sobre el jardín. No obstante, cernida y todo la luz solar venía al amarillo resplandor de los blandones.

Mi padre, muy triste, muy triste—oh, qué bien recuerdo la tristeza de mi padre, que parecía, al lado del cadáver, otro cadáver—, rezaba arrodillado, acompañado de varios criados. Yo entré medroso, acompañado de ámita María, aumentada mi palidez de miedo por el delantal negro que se me había puesto.

Habíamos entrado sin hacer ruido, pero mi padre levantó la cabeza. Nos hizo salir con un gesto y, tras persignarse, salió él, muy enojado, detrás de nosotros.

Ya en el tránsito frío, inmenso—tan inmenso para mí entonces y que ahora, en mi visión de hombre, ha «recobrado» su dimensión normal—, recriminé a ámita María:

—Habrá sido tuya esa locura. Qúitate al niño inmediatamente ese delantal negro. ¿Lo luciste tú, también?

Mi nodriza, bajos los ojos, cogida en falta, balbuceó:

—Lo hice yo misma, sí; pero no ahora. Es de «cuando» Aurorita,

Aurorita era mi madre, que murió cuando yo tenía dos años. No sé por qué, siempre se me han sonrojado las mejillas al escuchar el nombre de mi madre; a lo largo de la vida he rehuído el nombrarle y el que lo nombraran, porque no considero «igno labio alguno de pronunciarlo. Mi madre es algo para mí inmaterial, sagrado; algo altísimo cuyo prestigio ha aumentado el no haberla conocido casi. Al honrar la memoria de mi padre, honro a un humano; mi madre, en mi devoción, es una divinidad.

Como siempre, me sonrojé, casi se me saltaron las lágrimas, más débil entonces, al oírlo nombrar.

Mi padre me besó en la frente con un beso muy largo y muy frío. Y repitió luego la orden:

—Quita inmediatamente ese delantal negro al niño.

Cuando recobré mi trajecito de color, sentí inundárseme de alegría al corazón. Salí al jardín, que olía a primavera y me mecí en el columpio que pendía de la gran encina cobijadora, de la carrasca que yo entonces creía habría dado nombre a la viejecita que se había muerto.

Años más tarde, lo pregunté a mi padre: —A la tía «Carrasca», ¿se le llamaba así por la carrasca del jardín?

Mi padre, tan pálido como aquel día en que veló el cadáver de la criada vieja, me contestó secamente, desabridamente:

—No; se llamaba Carrasca por la Virgen de Carrascosa...

Así yo no encontraba semejanza entre la reciedumbre de la encina y aquel débil cuerpecito de la anciana, a la que la estaba grande la caja de muerto.

Cuando hice esta pregunta, no contaría yo más de diez años. Pero ya tenía plena conciencia de las cosas y apercibía, cada vez con mayor inquietud, con mayor curiosidad, como las gentes del pueblo, aún los criados de la casa, evitaban hablar de la tía Carrasca delante de mí. No acerté a dilucidar por qué concatenación de sospechas, por qué equivocadas clarividencias, me vi forzado a preguntar otro día al autor de los míos:

—Papá: ¿La tía Carrasca era mi madre?

El viejo—mi padre, que casó a los cuarenta años era ya entonces un viejo—, me miró, lleno de asombro:

—¿Quién te ha sugerido ese desatino, muchacho?

Nunca me atreví, hasta entonces a hablarle con tamaño desparpajo a mi padre. Pero aquella vez, sí:—Nadie; no me lo ha dicho nadie. Pero es preciso que me aclares muchas dudas que tengo y que desde hace mucho tiempo, me torturan. Cuando alguien habla de tía Carrasca, de su vida o de su muerte, sin darse cuenta de que yo escucho, bien pronto es advertido por los demás de mi presencia, para que calle. Eso es; para que calle; y me miran todos, con dulzura sí, pero también con lástima.

Mi padre se retiró en su gran sillón frailuno, contemplándome luego como sopesando la madurez de mi inteligencia. Y ofreció:

—Aun eres un niño, Antonio. Cuando seas un hombre y puedas hacerte cargo de las cosas, te contaré la historia de la tía Carrasca.

—¿De... mi madre?

—No, no te tortures. Tu mamá, mi esposa, fué doña Aurora de Montiel, Marquesa de Torre-Felipe, que se fué, para siempre, cuando tú apenas habías llegado a la vida. Carrasca, que fué su nodriza, tenía veintitantos años más que ella...

Y me hice un hombre; ya doctorado, mi padre, muy viejecito, muy viejecito, me hubiera contado, de seguro, la historia de la tía Carrasca, o, mejor dicho, el trozo de su historia que directamente me afectaba. Pero, mi padrecito, se murió.

VI

Y he aquí, ya me atreví a desatarlos, lo que dicen los papeles de mi padre:

«Para Antonio de Guevara, marqués de Montiel y de Torre-Felipe.

Nadie lea estos papeles, que sólo a mi hijo interesan.

El marqués de Montiel.»

«Hijo mío: No voy a incurrir en la vulgaridad de decirte que me siento morir. Por el contrario, lleno de vida, de salud y de optimismo, comienzo a escribir esta especie de memorias, que acaso leerás algún día, o que, quizás, no leas nunca y se las lleve el diablo.

Una vez siendo aún un niño, me preguntaste si Carrasca era tu madre. Me preguntaste también por qué las gentes pueblerinas se recataban ante ti de nombrar a aquella mujer. Y como ambas preguntas quedaran sin contestación, aquí van contestadas, por si el día de mañana continúan preocupándote y yo no estoy ya en condiciones de poner luz en el asunto.

Conste, pues, que aun previniéndome contra la muerte, que nunca falta a la cita que nos da al nacer a cada uno, te escribo lleno de vida y te escribo la verdad.

Esta verdad, que te descubre un hecho bien sencillo en lo que la ignorancia de los bobalicones paisanos tuyos—y paisanos míos, por desgracia—habían tejido una leyenda casi extraordinaria, acaso te defraude un poco. Si te place seguir contando en tu vida con un misterio y con una maravilla, no sigas la lectura. El caso de tía Carrasca es de lo más vulgar que puede darse.

Pues bien, ya que no interrumpes la lectura—así me lo demuestra el hecho de que hayas llegado hasta aquí—, ahí va la historia. Y como, probablemente, cuando tú la leas estarán ya mis labios impresentables, permíteme que te bese antes de comenzar. Y empiezo:

Mi nombre, permíteme, hijo mío, que tenga la coquetería de reconocerlo, era pronunciado con respeto por todos los muchachos de la provincia; con mal disimulados trémolos en la voz por las muchachas; con asombro por la gente madura.

El nombre de don Antonio de Guevara, tu padre, iba, en rezo de elogios, por toda la provincia, y aún creo que saltó en más de una ocasión los límites provinciales.

Ahora que soy ya viejo puedo clararlo: merecía el homenaje que se me rendía. El mayorazgo de Guevara era un bravo mozo, cristiano como buen caballero, reidor como un hombre de bien, ingenioso, gallardo, «alentado... y rico. Centauro, si se trataba de domar potros; Asceta, si de hacer penitencia; Don Juan, si de galanteos; Río de oro, si de practicar la caridad; Poeta, si de componer versos... Puedes estar orgulloso de tu padre.

No obstante, cuando las mozas de mi tiempo fuéronse marchitando, sin que nada yo hiciera para librar a ninguna de la solteronía, la gente, la misma gente que había antes tenido para mí los más hiperbólicos ditirambos, dióse en pregonar:

—El mayorazgo de Guevara no tiene corazón.

Desprecié, al principio, la especie popular. Mi corazón, siempre dispuesto a enjugar lágrimas, a consolar congojas, hacer el bien, en fin, lanzaba un mentís al populacho, repicando viril dentro del pecho.

El mayorazgo de Guevara no tiene corazón. A fuerza de escuchar la sentencia y a puro aperebir como no lograba enamórame «para toda la vida, cuando mi corazón, ya un poco viejo, no desmentía a la gente tan rotundamente, comencé a inquietarme. Al cumplir los cuarenta, yo mismo me decía:

—No tengo corazón, no tengo corazón... Y lo tenía, lo tenía. Bien pronto desperté si es que estaba dormido, con un despertar que era una aurora enrojecida de colores de vida, de fuego, de amor.

Había llegado al pueblo la familia de la que luego fué tu madre...

Tú, pobrecito, no puedes recordarla. Pues bien, tu madre era un ángel, así, sencillamente, un ángel. Un ángel que bajó un momento a la tierra y remontó en seguida el vuelo hacia el cielo azul, su reino,

Hablo de tu madre. A nadie más que a ti puedo hacerlo de esta forma, que resultaría... «cursi» para quien no fuera su hijo.

Cuando tu madre llegó a nuestro pueblo, yo ya estaba arruinado. Y me enamoré.

Y como las gentes, las piadosas gentes, nuestros paisanos, creían rica a tu madre, diéronse a pregonar:

—Era el oro, lo que ahogaba el corazón del mayorazgo de Guevara. Acabó el oro y recobró el corazón.

A ser verdad lo que decía la gente, yo no me hubiera casado con tu madre. Pero tu madre—¡oh, dicha!—era tan pobre como yo lo era al conocerla.

Nos casamos: «se casó el hambre con las ganas de comer», como también se dijo en seguida. Pero fuimos felices, no obstante ser reos del horrendo delito de no tener dinero.

Como no quiero que el día de mañana guardes rencor a tus paisanos, me abstengo de referirte la forma en que rivalizaban para hacernos la vida insoportable. Acaso tengan perdón en lo grato que es para el villano poder «vengarse» de quien fué su señor. Y yo, con mi dinero, había perdido mi marquesado.

Mi sangre tornaba a ser roja, vulgarmente roja. Tal vez tú el día de mañana seas rico, y, rehabilitando nuestro título, puedas tornar a teñir la tuya. Que el dinero sirve hasta para cambiar de color a cosa tan íntima, tan apreciable y tan viva como es la sangre de cada uno.

Mas debo hacer justicia: no todos me fueron hostiles. Algunos criados permanecieron fieles a la casa... que ya no era mía. Y, entre esos criados, distinguieron Carrasca—mi nodriza... mi nodriza, y Anita, la tuya.

Y como no estará demás dar al César lo que es del César, ya que di a Dios lo que era suyo, quedé aquí sentado que uno de los más canallitas es un tal Teófilo Fernández, mozo aún el hombre, que promete y, lo que es peor... amenaza cumplir.

Escribo estas memorias—llamémoslas memorias—tan a vuela pluma que, al releer lo que llevo escrito noto que en un par de párrafos he conocido a tu madre y me he casado con ella.

Mas, en verdad, no ocurrió la cosa tan sencillamente. En ese par de párrafos, trazados tan rápidamente, caben sus buenos tres años de inquietudes y anhelos... y penitencia.

Cuando yo, un poco don Juan, me arrojé a los pies de tu abuelo paterno indicándole que estaba dispuesto a estar en reclusión el tiempo que señalare, el buen señor, no quiso sin duda, parecerse al Comendador de Ulloa. Y me puso a prueba.

Debo confesarte que, a partir de aquel momento, no tengo que arrepentirme de ningún acto de los de mi vida. Fué desde entonces—permíteme esta inmodestia, ahora que ya no estoy delante—un hombre modelo.

Y, a los tres años de la prueba, cuando ya mi arrepentimiento «no tenía remedio», casé con la que poco después de ser tu madre, había de morir.

Ya ves mi dicha que poco duró. Murió tu madre y la muerte de tu madre, es el caso de la tía Carrasca.

«Pobre Aurorita, pobre esposa mía. Tu corazón era demasiado grande dentro de su pecho y la ahogaba...; se moría, se moría.

Nació la primavera. El jardín, floración divina, renació al beso del sol de mayo. Mi Aurora, toda blanca y pálida y traslúcida, era como un celeste espíritu paseando por la rosaleda.

Herida de muerte, calló como una rosa blanca más, junto a un rosal. La acostamos y... —No tiene remedio: morirá— decíame los médicos, añadiendo: —Pero usted, es necesario que tenga valor.

Y a mí, me parecía absurdo esto de que debía tener valor, cuando mi vida, sin la suya, no valdría ya nada...

Pero, tuve valor. Tuve el valor de sobreponerme a la desdicha y de reír con la cara a tiempo que lloraba con el corazón.

—Cuando muera Antonio, no olvides que nuestro hijo, es de los dos, decíame divinamente pueril.

—Bobita, nena, tú no morirás.

Y me desmentía el colapso, el ataque horrible, que la anticipaba la muerte, cada vez con mayor frecuencia.

¡Oh!, que trágica mi sonrisa de llanto, de fuego al afirmar, a la que parecía ya un cadáver.

—No seas tontina. Si estás buena, si eso no es nada.

Algunos momentos, conseguía engañarme a mí mismo y acudía a pedir confirmación a la ciencia que, sin entrafías, confirmaba su primer diagnóstico.

—Esta señora, está condenada a muerte. No era la pobre Ciencia de los médicos del pueblo, sino la basta Ciencia de las emi-nencias, la que sólo en un milagro se atrevía a confiar.

—Y los milagros, continuaban, para desilusionarme del todo, brutalmente—no son de estos tiempos.

Y entre tanto tu madre, sufría el más estéril y más bárbaro dolor. Y yo, una noche en que la ví dormida, empuñé un revólver para matar a tu madre...

No hubiera, desde luego, llegado a matarla, porque he sido ante todo, como espero que tú has de serlo siempre, hijo mío, un caballero cristiano. Pero, además, me sorprendió Carrasca.

Tú, no puedes imaginarte, con qué fuerza, no obstante el llanto y el terror que la ahogaban la pobre vieja crispó sus manos en mis hombros, haciéndome salir hasta el pasillo. Ya en él, se arrodilló a mis pies, diciéndome con la congoja más atormentada:

—¡Antofito, lo qué ibas a hacer! ¡Marqués de Montiel, lo que ibas a hacer!...

Y como la pobre vieja, era demasiado vieja, no volvió «a levantar cabeza» desde aquel instante. Logramos sustraerla milagrosamente a la muerte, pero no salvamos más que el pobre cuerpo débil, muerto casi. El espíritu, la lucidez mental había huido para siempre, dejando solo el monorritmo de una frase horrible, que repetía la vieja incesantemente:

—Aurorita sufre demasiado. Deberíamos matar a Aurorita...

Tú ya conoces lo que son las gentes de los pueblos, de nuestro pueblo especialmente. Aquella frase que restó del espíritu en un cuerpo casi muerto, fué tomada como una amenaza fatal, casi como artículo de fe.

—La tía Carrasca, matará a la marquesa—proclamaba el vulgacho incivil.

Y la Carrasca, como asintiendo, repetía en una monotonía martirizante:

—Aurorita sufre demasiado. Deberíamos matar a Aurorita...

Un día, no obstante nuestras precauciones, Aurorita, tu madre, oyó el grito de la vieja y suplicó:

—Sí, Carrasca, deberías matarme. Mátame, tu amita te lo ordena.

Sé, hijo mío, cuánto sufrirás al leer esto, pero no debo ocultarte nada. Y no puedes imaginar lo horroroso de la escena que sorprendí. La vieja, arrodillada junto al lecho, incapaz, claro es, de cumplir su loco propósito y tu madre loca también, en el delirio de sus sufrimientos infernales, se abrazaban convulsas y llorosas.

El negro pelo de tu madre y la plata del pelo de mi nodriza, estaban, como sus lágrimas, mezclados.

—Aurorita sufre demasiado, deberíamos matar a Aurorita.

—Mátame, Carrasca, la marquesa de Torre-Felipe, te lo ordena...

Rompí el lazo de dolor y de demencia en que se habían unido... y tu madre, murió entre mis brazos.

Pero no pude—¿quién convence a un loco?—hacer callar a la vieja que, más que nunca enloquecida, proclamó por la casa la

mentira que ensombreció muchos momentos de mi vida, que ensombreció tu infancia muchas veces.

—¡Ya he matado a Aurorita!... Había que matar a Aurorita. Ya Aurorita, no sufrirá más...

Llegó a la calle la locura y fué precisa la intervención judicial y el dictamen de los médicos. Tu madre, claro es, no murió asesinada, no se adelantó la detención de su corazón enfermo, que dejó de latir cuando Dios así lo dispuso.

Pero la fantasía popular, no se conformó con quedar defraudada en sus deseos de novelaría. Era preciso mantener que Carrasca, su vieja criada, había estrangulado a la marquesa.

Y como por aquellos días, echamos en falta una preciosa sortija de tu madre, la fantasía popular encontró el puntal definitivo:

—Carrasca, mató por robar...

Pero puedo asegurarte, hijo mío...

...
Aquí termina un pliego del manuscrito del Marqués de Montiel, mi padre. Los pliegos que siguen, nada tienen que ver con el «asunto» de la tía Carrasca. Son ensayos literarios, impresiones, escaños líricos, mezclados con donosas semblanzas de los hombres del pueblo. Uno de ellos, acaso Teófilo Hernández, mi actual huésped, debió arrancar la hoja que más me hubiera interesado conocer del manuscrito de mi padre. Al cabo de los años, la estúpida fantasía del poblacho, pugna aún, por mantener sus posiciones. Y en tanto, a mí, continuara atormentándome la incertidumbre, eternamente...

VII

Pensaba, ya lo dije, haberme marchado de mi pueblo en seguida, pero ya llevo aquí seis meses. Seis meses de recorrer cada día, a la misma hora, un kilómetro de carretera polvorienta. Seis meses de cruzar a horas idénticas las pobres callejas escasas que separan el casino de la casa de Teófilo, a quien ya tuteo, y quien, lo que es más grave, me tutea.

Yo tenía la pueril coquetería de no saber jugar al honorable juego del tresillo. Y ahora paso, jugándolo, las tardes y las noches, después de haber fracasado bochorosamente en mi intento de adiestrar a unos cuantos para «armar» partida de poker. ¡Juego al tresillo y «entre col y col» según expresa Casildo López, el «humorista» de aquí, se «tira» al baccarat, con barajas españolas!...

Convenidos en que no vine a pedir nada a nadie, pagadas además las deudas de mi padre, ha desaparecido la hostilidad con que fui recibido, y han como rehabilitado mi carta de naturaleza. Vuelvo a ser, para todos, el Marqués de Montiel.

El Marqués de Montiel a quien comienza a no interesar el mundo exterior y ya se aburre con las revistas mundanas que recibe. El Marqués de Montiel, que se ha convertido en furibundo criador de gusanos de seda. El Marqués de Montiel, que no ha sabido indignarse con el debido decoro, al serle ofrecido una poltrona en el concejo de su pueblo. El mismo aristócrata que deambulaba por todos los países hace seis meses, ostentando su bohemia dorada, su mundanidad y su melancolía de buen tono...

—Visto traje de pana y calzo botas de becerro, y he suprimido las pecheras y los cuellos y los puños lustrosos y hasta me ena-

moré, durante dos días, de una vaqueriza horrorosamente colorada y terriblemente llena de salud.

Se retrasó unos días el mensual envío maravilloso—panacea de eterna juventud—de mi masajista de París y, al recibirlo, no lo he utilizado. Y lo triste, lo definitivamente triste, es que, no sólo el rostro está ya viejo por la ausencia de los afeites, sino que el alma también la siento vieja.

Muchas veces, demasiadas veces, pienso que he de morir muy pronto. Y me llena de no sé qué extraños horrores dejar la vida aquí, sin que mi muerte encuentre la resonancia mundial, a la vibración de todos los revisteros «de sociedad» que mereció mi bohemia distinguida, mi corrección de vago ilustre.

No obstante, he visitado el cementerio. Y al panteón donde los míos duermen eternamente, dan gentil guardia unos rosales. Y esto me ha sido grato.

Pero no puedo apartar de mi mente la confesión inconclusa de mi padre. Me aturdo y me envilezco interesándome por ella, con la atmósfera mezquina de mi pueblo. Disfruto a veces de una extinguida alegría meramente animal y exterior... pero no olvido.

Al fin he encontrado la razón del nombre de Carrasca, que no debió llevarlo por la Virgen de Carrascosa, que aquí con gran devoción se venera, sino por la encina del jardín. La encina del jardín que da eterna sombra, como la vieja ensombreció y aún ensombrecerá mi pobre vida.

VIII

Hoy, Teófilo Hernández, ha sufrido un gran dolor: ha muerto, súbitamente, su hijo más pequeño. Y me ha pedido un hueco en el panteón de los míos, para enterrar a la criaturita.

He accedido. En el camposanto se han deshojado ya los rosales, barridos por el viento de invierno. Hacía un frío que era, en ramalazos por la espada, como si la muerte nos signase con el filo de su guadaña.

Yo no sé cómo, Teófilo me ha dicho:

—¿Quieres ver a Carrasca? Habrá—oh, que frase inapropiada—que «apartarla» un poco, para hacer un hueco a mi hijo.

Destruído el leve muro de tamborete, ha quedado al aire el ataúd, la caja de pino que un día «le estuvo grande» y de la que quedan sólo ya unas cuantas tablas carcomidas.—Mira—ha dicho Teófilo.

Y ha sido una visión atormentadora, la del cuerpo cubierto con una espesa mortaja tejida de blancas larvas repugnantes.

—Mira las manos—ha dicho Teófilo, infernalmente, cogiendo los manojos de tronchados sarmientos, que eran las manos, les-carnadas de la vieja.—Mira, ¡ohl, mira.

Miré, y en el dedo anular, en lo que fué dedo anular de la mano derecha, he visto la llama viva de una gota de sangre sin coagular.

Creo que me he desvanecido, pero aún recuerdo unas voces que, a mi lado repetían, en asombro, no sé yo si de indignación o de regocijo:

—El anillo del rubí de la señora Marquesa. Carrasca la mató por ese anillo.

IX

He vuelto a tomar de sobre la mesa el manuscrito de mi padre que, si él acaso lo

regó con las suyas, lo he regado yo ahora con las más amargas lágrimas de mi vida.

Y comprendo que, al cabo de los años, es estúpido este odio de hijo «a quien le han matado la madre», que sólo podrían descargarse sobre un menguado resto de envoltura carnal, comida de gusanos en el fondo de una tumba.

Yo comprendo tu buena intención, padre mío, la divina mentira que debiste tejer en lo que de tus memorias no ha llegado a mí, para ocultarme el fin de mi madre, de mi pobre madre que, acaso, no hubiera muerto. Pero he aquí, que una incidencia de la vida, al cabo de toda una vida, me ha dicho la verdad que pretendistes desvirtuar tú. Y yo—oh, perdóname, padre mío—, no agradezco tu mentira. Yo soy hoy el más desgraciado de los hombres...

X

Corre el tren, corre. En el vagón, me he reencontrado. Ya a lo lejos, no es más que un montoncito blanco Villagris del Menjan, y en él quedan, tal vez, todas mis amarguras.

Me he salvado a tiempo de la obscura melancolía aldeana, para recobrar mi melancolía de buen tono, y mi bohemia dorada y mi amado elegante aburrimiento.

El tren amigo, el tren fraterno, el tren hospitalario, corre devolviéndome a la vida. Al final de estas cintas de plata por las que se desliza, está todo lo que yo era y estuve a punto de dejar de ser. Al final, es decir, no ahora ni luego, ni en una fecha prevista y premeditada, sino al final. En lo último, en lo definitivo, en aquello que para conseguirlo debe irse siempre persiguiendo.

Correr, correr, correr. Vuelve a mí la alegría de marchar, apartada de mis cálculos, para siempre, la tristeza de volver.

No me importa este bosque, ni aquel valle, ni la aldea de aquí, ni la ciudad que pone los puntitos de sus luces, como estrellas temblorosas, a lo lejos...

**

En el «bureau» de un Hotel, reexpedida desde varios países, he recibido, bajo sobre la cuartilla que faltaba al manuscrito de mi padre. Dice así, sencillamente:

«Pero puedo asegurarte, hijo mío, que Carrasca era inocente. Apareció la sortija algunos días después y yo la cedí al ocurrir su muerte, a un dedo del cadáver de la pobre vieja. Ya ves pues, hijo mío, cómo te quedaste sin enigma, sin misterio, sin maravilla...»

No del todo, padre. Aún faltaba saber—y este nuevo punto obscuro, no pudiste prevenirlo—, qué «villano arrepentido de torpezas» me enviaba la verdad a través de las fronteras...

Mas, ¿para qué adivinarlo, si la verdad es suficiente?

Por otra parte... ¡es tan impaciente la amiguita que, ya en el ascensor, me espera!

Subiendo, ha retocado sus labios en el pequeño espejo oval del aparato, nerviosamente. Y yo, ya sé cómo hasta la tarde, hasta la noche, no podré besarla...

Y esto—oh, es horrible—a mis cincuenta años, les es ingrato, como lo fué a mi juventud el crimen que nunca cometió la tía Carrasca...

DIALOGOS EJEMPLARES

LAS PERLAS

Por RIBERA-ROVIRA

En una joyería de moda. Grandes armarios de caoba. En la penumbra, brillan platas pulidas y cinceladas. Cristales de Bohemia y porcelanas de Copenhague. Entra la Vizcondesa de Malta, treinta años, delgada; ágil, una capita al hombro, un «petit marquis» blanco en la cabeza, un bolso enorme en la mano. El joyero, rubio, calvo, un bigote oxidado y ralo, la recibe ceremonioso, con los dedos llenos de anillos.

—¿Está arreglada la sortija?

—Todavía no, señora vizcondesa. Hubo que engastar las piedras que faltaban. Pasado mañana lo tendrá usted sin falta.

—¿Sin falta? Mándemela a mi casa.

Y mirando alrededor:

—¿Tiene novedades?

—Hay algo nuevo. Parece que los compradores se animan. Volvemos a vender joyas... Vea usted que «sautoir» tan original.

—No me gustan las perlas. No resaltan sobre mi piel.

—Tiene usted razón. Las perlas sobre pieles demasiado blancas, no resaltan. Pero hay perlas y perlas.

Tomando un estuche de manos de un dependiente:

—Estoy seguro de que éstas le gustarán a usted, señora vizcondesa. Son unos pendientes. Dos grandes perlas color de rosa supendidas de dos lacitos Luis XVI.

—Muy bonitos.

—Es la joya de más gusto que tenemos en casa. Una joya inglesa, inconfundible: Elkington. No hay otra como ésta en Barcelona. Vea usted el oriente de estas perlas.

—Son las de mayor tamaño que he visto en mi vida.

—¿Le gustan a usted?

—Mucho. Tal vez venga hoy por aquí mi marido a escoger alguna joya, para mí. Mañana es mi cumpleaños. Si viene, enséñele usted esas perlas.

El joyero sonríe.

—Ya están vendidas, señora vizcondesa.

—¿Qué lástima!

—Esta mañana mismo. La felicito a usted, señora vizcondesa.

—¿A mí?

—Sí. Los ha comprado el señor vizconde?

—¿Mi marido?

—Me ha dicho que se los mandara hoy mismo al Banco. Y los ha pagado ya.

Mirando las perlas, encantada:

—Mi marido tiene un gusto exquisito. Me sentarán muy bien. ¿No le parece?

—Son unos pendientes que parecen hechos para usted. ¿Qué estuche prefiere?

—Me es igual. Me voy. No se olvide de la sortija.

El joyero, acompañándola hasta el automóvil:

—Pasado mañana sin falta, señora vizcondesa.

Dos días después. En casa de la Vizcondesa de Malta. Son las cinco de la tarde. Un saloncito. Imperio moderno. Jémont, blanco y cro. La vizcondesa está sola. Llega madame Montenegro, cuarenta y cinco años, rubia veneciana, belleza un poco arruinada, un gran «trotteur» irlandés, género Bretón, una pequeña «toque» azul, unas manos translúcidas, nobles, inteligentes. Intimidad. El criado trae una mesita con el te, y retírase.

—¿Cómo estás?... ¿Y tu marido? ¿Ha salido?... Te ensuentro un poco pálida... Insomnio. Ayer te lo noté. ¿Qué te pasa?

—Ayer cumplí treinta años.

—¡Ay! ¡Lo feliz que yo sería si cumpliera treinta años mañana!

—Esto sólo entristece cuando se tienen veintinueve.

—Es nuestra mejor edad... Así lo dicen los hombres. Y ellos en eso de mujeres entienden más que nosotras.

—¿Tomas una taza de té?

—Sí. ¿Has leído la «Femme de Frente Ans»?

—Balsac no me gusta.

—Tienes los ojos cansados. ¿Has llorado? ¿Os habéis peleado tu marido y tú?

—No.

—Te tiemblan las manos... Estás fría como el hielo.

—¿Qué tienes?

—Necesito conversar contigo.

—Ves como hay algo...

La vizcondesa toca el timbre. Acude un criado.

—No recibo a nadie.

—Está bien, señora vizcondesa.

Mme. Montenegro, observa, rápida:

—Al venir he encontrado a Gabriela y le he dicho que estabas en casa.

La vizcondesa, al criado:

—Sólo estoy en casa para la señora Baronesa de San Plácido. Para nadie más.

—Está bien, señora vizcondesa.

El criado, sale.

—Ahora podemos convensar... Trátase de mi marido.

—Me lo figuraba.

—Mi marido me engaña.

—Todos hacen lo mismo, hija mía. El mío también.

—No me conformo... Yo no tengo tu filosofía... ni tu edad.

—Los celos siempre tienen veinte años. Pero ¿Cómo has sabido que tu marido te engañaba?

—Por casualidad. No estoy cierta, pero tengo mis sospechas... Mi marido compró anteayer una joya que no era para mí... Creí que era un regalo para mi cumpleaños. Y no fué así. Dióme dinero para unos vestidos y sombreros que encargué en París... Y nada más.

—¿Qué clase de joya era?

—Unos pendientes. Los tuve yo en la mano en casa del joyero. Los había pagado ya. Dos enormes perlas color de rosa, soberbias, con orden de que se las llevaran al Banco.

—Decididamente, los hombres son unos monstruos.

La vizcondesa, secándose una lágrima:

—¡Sí... son unos monstruos!

—Que tenemos que aceptar tal como son, porque no hay otros. ¿Le has dicho algo a tu marido?

—Ni una palabra.

—¿Conocerías los pendientes, si los vieras?

—Perfectamente.

—Pues no le digas nada a tu marido... Y fijate en las orejas de tus amigas. Estas cosas ocurren siempre con nuestras amigas más íntimas. Fijate, en mis orejas no están...

El criado, anunciando:

—La señora baronesa de San Plácido.

La baronesa entra. Parece un retrato de Chartrán. Es una rubia de ojos negros, risueña, frívola, coleante, admirable.

—¿Cómo estás? ¿Y tu marido? Estoy muerta de sed. Dame una taza de te.

—Te esperaba, Gabriela.

Se besan. En las orejas de la baronesa, sobre la piel vagamente dorada, brillan dos enormes perlas color de rosa. La vizcondesa las ve, vacila, empalidece, pero se domina y sonríe.

—¿Miras mis pendientes?

—No te los conocía.

—Me los regalaron ayer. Son preciosos. ¿Verdad? No hay otros en Barcelona.

EL HOSPITAL DE SAN PABLO O CASA DE CONVALESCENCIA EN EL HOSPITAL DE SANTA CRUZ DE BARCELONA

Por MACARIO GOLFERICHS LOSADA

Sobre el área y huerta del Hospital llamado «d'en Colom», levantóse en 1401 el Hospital General de Santa Cruz, quizás la más legítima gloria de Barcelona, pero este hospital que atendía a los enfermos, recogía a los expósitos y abandonados y asilaba a los locos, encontrábase que los enfermos, al ser dados de alta médicamente, no tenían aún reparadas sus fuerzas para reincorporarse a su habitual vida de trabajo y de aquí que para remediar esta deficiencia, pensó el sabio Consejo de Ciento construir un edificio que permitiera a los convalescientes reponer sus fuerzas, y más en una época donde el enfermo debía quedar anémico, pues la farmacopea reducíase casi a sangrías. Los Ilustres Administradores del Hospital, deliberaron en 1622 proceder a la edificación del edificio destinado a Convalecencia y como quiera que doña Lucrecia de Gualba señora de Batlloria legó sus bienes para obras pías, los albaceas aplicaron tan cuantiosa fortuna a este objeto y entregando a tal fin todos los bienes de dicha Sra. en 1629, empezándose las obras. En 1635 tuvieron que distraerse fondos para reparar los daños de un incendio que destruyó varias salas del Hospital de Santa Cruz, en particular la sala de San Roque. En 1650 al 1654, suspendiéronse los trabajos por las guerras, sitio, peste y hambre, en Barcelona, pero en 1649 legó a la Casa de Convalecencia, su cuantiosa fortuna, el rico mercader barcelonés Pablo Ferrán, y agregóse a este legado, otros

cuantiosos de doña Victoria Soler y Elena Soler, terminándose el edificio en 1680.

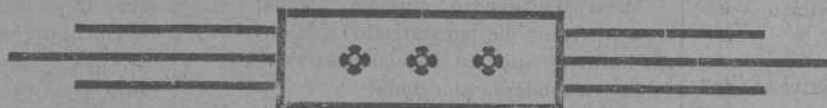
La leyenda nos cuenta que el mercader Pablo Ferrán, vióse un día abandonado de su familia y amigos, pues corrió la voz que sus buques que venían de Italia, habían sido presa de los piratas berberiscos y tuvo que implorar limosna al Prior del Hospital de Santa Cruz, quién, reconocido por las limosnas que del rico mercader recibiera, hospedóle en su casa y sentóle en su mesa. El retraso de la llegada de los buques era debida a la falta de viento, no a presa de corsarios, y un día vió Ferrán llegar al puerto sus buques abarrotados de mercancías, y él, riquísimo y agasajado por todos, pero no quiso abandonar a quién compadecióse de él en su desgracia, y al Hospital legó sus cuantiosos bienes, burlando a sus interesados parientes.

La Casa de Convalecencia es un edificio de planta cuadrada, construcción sólida en sillarejo y piedra escuadrada. Tiene un patio en su centro al modo de claustro, con columnas dóricas sobre las que apoyan los arcos bien proporcionados y elegantes, y encima otro piso galería con arcos menores de forma análoga. Las aguas vierten a una gran cisterna en el centro del patio y cual brocal levántase bien silueteado templete que corona la estatua de San Pablo. En el interno tiene una capilla que es una joya dentro el arte barroco, y la tela central débese al pincel del barcelonés Antonio Viladomat, y representa a San Pablo y es

lienzo de impecable dibujo y valiente pincelada, y tuvo la fortuna este lienzo, de encajar dentro un marco del fastuoso barroco que entallaba Lus Bonifax y Massó, el célebre artista y patriarca de los Bonifax de Vall, quién equilibró tan complicado estilo dentro la simplicidad de una capilla de bóveda de escocias decorada por azulejos de brillante cobalto combinado con el amarillo y rojo. Las estatuas de la Fé y la Esperanza son bien ejecutadas y recuerdan la misma mano de quién esculpió el obelisco de nuestra mártir patrona Santa Eulalia, que levantaron en el Padró nuestros consejeros en 1670 y único monumento presentable que tenemos en Barcelona, aunque abandonado por la escasa ilustración de quienes debieran cuidar de ello.

Tiene otros detalles, la dicha Casa de Convalecencia, cual los azulejos del vestíbulo que representan episodios de la vida de San Pablo y los escudos de la casa Ferrán, y la azulejería extiéndese con complicados dibujos por todo el edificio, lo que permitía fácil limpieza y restauración por la facilidad del limpiado del esmalte y el que los muros son enjabelgados. En la esquina de la calle de Egipcíacas hay una hornacina con la estatua de San Pablo, esculpida en piedra y de mayor tamaño que el natural, siendo bella su composición y dibujo.

La Casa de Convalecencia es uno de los pocos edificios de Barcelona con carácter propio y al que aún no han profanado las sabias manos de los restauradores.



LA SEGUNDA EXPEDICION DE CATALANES A ORIENTE

Por CASIMIRO GIRALT

IX

Los Faraones no se han vengado. Aquel día, en mi acostumbrado paseo matinal, fui a parar como tantas veces al Museo de Kasr-el-Nil, amable refugio de mis horas desocupadas.

El Museo de Kasr-el-Nil, ocupa un vastísimo edificio rodeado de jardines. Mejor que un Museo público, parece un palacio donde un «Bey», opulento y poderoso, con influencias occidentales en su educación, dejan transcurrir su existencia regalada entre mujeres hermosas y unos libros amigos...

Me detuve junto al monumento emplazado ante el Museo, a la memoria de Augusto Eduardo Mariette, famoso fundador del primer museo egipcio y afortunado descubridor del célebre serapeum de Menfis quien, después de haber desenterrado de las arenas del desierto las riquezas arquitectónicas de menfitas y tébanos, levantó a orillas del Nilo, el museo de Bou-lag, el que después resultó una microscópica vitrina para encerrar los larguísimos siglos de gigantesca civilización dados al mundo por las dinastías faraónicas...

Delante a la puerta del Museo, deteníanse los tranvías, los coches, los taxis y los grandes autobuses de las agencias. Los ejércitos de Cook, reclutados en todos los países de la tierra, aún en los más remotos, disponíanse a asaltar las amplias galerías, las enormes salas del Museo, provistos de su Baedeker, de su Joanne, y precedidos de sus «cicerones» de jerga dudosa y narraciones fantásticas...

Penetré con la extraña y abigarrada caterva en el edificio. Aquella multitud de nuevos ricos, en su mayoría, que fruto de sus correrías por Oriente llevaría a su patria unos cigarrillos egipcios, unos tapices de Bazar, unas sedas italianas «orientalizadas» y unas babuchas recamadas de latón, es la misma que como tesoro artístico de otras correrías por el mundo, aportó a su país, automóviles de marca dudosa, pianolas alemanas, copias oleo-gráfico-pictóricas de lienzos famosos y vestidos a la moda, de las Galerías parisinas...

¡Pobres faraones milenarios, sacados del misterio de sus sarcófagos monumentales para regocijo de la turba multa.

La pretendida venganza de las momias contra los violadores de sus tumbas y los profanadores de sus despojos, resultaría, de ser cierta, justificadísima.

En presencia de tanta irreverencia cruel, de tanto comentario banal como se producen en las vastísimas salas del Museo del Cairo, quisiera creer, con la fe ciega del creyente, en el poder fatalista de aquellos cadáveres de reyes y de príncipes, para alimentar la esperanza de que un día no lejano, asombraría al mundo con proporciones de catástrofe, el castigo ejemplar de los faraones insepultos.

Aquella mañana, como nunca, recordaba las polémicas y comentarios de hombres ilustres sobre las pretendidas venganzas de los faraones. Y con dolor del alma sentía que mi razón no compartiése la opinión de algunos de ellos, favorable a la creencia en tales venganzas.

La ciencia misteriosa del embalsamamiento de los cuerpos y el arte complicadísimo de

las sepulturas destinadas a encerrarlos, son otras tantas pruebas del profundo estudio a que se sometieron los egipcios para dominar tal objetivo; estudio al que, por otra parte, les llevaba el más poderoso de los estímulos la fe religiosa.

Las fuerzas ocultas, de que he hecho mención, en opinión de cabalistas y ocultistas, consistían, unas, en fuerzas físicas, desconocidas al presente, y eran producto, las otras, de la condensación o acumulación de fuerzas del pensamiento humano en un punto dado. Unas y otras no bastaban a explicarme racionalmente la existencia de elementos capaces de servir la venganza de los faraones a través de los siglos. Ninguna prueba científica, por otra parte, se aducía en demostración de tal aserto.

Apoyaban su teoría, los primeros, en que antes de que las sepulturas fueran cerradas para la eternidad, los sacerdotes egipcios practicaban en ellas determinadas operaciones mágicas, consistentes en encantamientos y en aplicaciones de amuletos sobre las diferentes partes del cadáver. Con ello trataban de condensar un dinamismo muy poderoso sobre la momia y alrededor de ella, que gravitaba sobre un punto concéntrico inmovilizado inmediatamente antes del cierre hermético de la tumba.

Este punto de apoyo que se fijaba por los innumerables objetos que rodeaban el cadáver y por él mismo, mantenía en equilibrio las fuerzas acumuladas, como la electricidad en un acumulador, y roto este dinamismo por la abertura de la tumba, provocaba la brusca expansión de las fuerzas, debía ser fatalmente víctima de ellas el imprudente que llevase a efecto la violación.

Afirman los otros, ante el desconsolador misterio en que se encierran las fuerzas del pensamiento humano, ignoradas casi por completo al presente, y en el supuesto de que estas fuerzas son infinitamente superiores a lo que nuestro limitado entendimiento puede suponer, que ellas, por sí solas, bastaban a asegurar la venganza de los faraones. Es preciso distinguir la calidad de la personalidad que pone a contribución estas fuerzas psíquicas y es preciso, así mismo, tener en cuenta el efecto acumulativo de las voluntades de una multitud; previenen los que defienden tal aseveración, añadiendo que los egipcios poseían en esta ciencia una maestría tan singular y profunda, que les permitía introducir en sus tumbas enormes acumulaciones del pensamiento humano.

Ni unas ni otras razones, en verdad, bastaban a convencerme, porque aún admitiéndolas, aún aceptando su verosimilitud, no explicaban en todo caso que el castigo de los faraones perdurase más allá de la violación de sus tumbas ni justificaban en modo alguno por tanto, la persecución encarnizada que hubiera podido determinar la causa de los accidentes ocurridos.

El propio accidente en el que encontré la muerte Lord Carnarvon, el famoso explorador del Valle de los Reyes, y las derivaciones que sobre el caso pretendieron deducir los creyentes en la venganza de Tout-Ank-Amón, carecen en absoluto de fundamento. La picadura de mosquito que ocasionó la muerte al malogrado explorador no alcanza la proporción de hecho insólito y no hay que buscar en el misterio, sino en la

ciencia médica, la explicación del percance.

La coincidencia de que Lady Herbert, que penetró con el sabio explorador, en la tumba famosa, tuviese que ser operada de apendicitis a los pocos días, tampoco aduce nada en favor de la supuesta venganza del Faraón. Una explicación clara y sencilla del hecho, podría seguramente proporcionarla el conocimiento científico del proceso inflamatorio que venía destruyendo, quizás de antiguo, el apéndice enfermo de la intrépida acompañante del explorador.

La carta de Lord Carnarvon, publicada en el «Times» del 14 de marzo de 1922, a la que se atribuyó, aún por parte de espíritus cultivados, un temor supersticioso, no explica otra cosa que su respeto a aquellos faraones, incommemorables como el arte de su patria, y lo innecesario de exponer sus despojos a la curiosidad delincuente y morbosa de las gentes.

ecia Lord Carnarvon, en su carta:

«...disponemos de la fotografía y gracias a ella podríamos, al abrir el sarcófago, dar a conocer al mundo el verdadero retrato del rey. Podría así mismo, modelarse su rostro con una mascarilla de cera. En todo caso, es preferible a encerrar la momia bajo un cristal, dejar al rey Tout-Ank-Amón en su sarcófago y en el sitio que descansa desde hace tres mil cincuenta años.»

En apoyo de mi aserto, yo te invito, lector, a que penetres con el pensamiento en los vastos salones del Museo del Cairo y a que con los ojos del espíritu contemples con asombro y recogimiento las figuras colosales de reyes y príncipes, talladas en rojo asperón y cuyas mitras soberanas casi alcanzan los techos altísimos; las estatuas yacentes, los sarcófagos monumentales, las columnas gigantes, las alhajas de reinas y reyes: toda aquella riqueza allí acumulada por la investigación que representa la vida de un pueblo y habla al visitante de la fuerza omnipotente de las dinastías faraónicas, de la inspiración de sus artistas, de la maestría de sus artífices, de la grandeza a que llegó su arte no superado, de su civilización potentísima y admirable...

Y al recorrer las galerías inmensas, al descifrar el misterio que envolvía apenas hace más de un siglo, la existencia del Egipto antiguo, tan remoto y hermético, al percartarte de su innegable grandeza, y al contemplar, poco después, confundido con la grey del turismo profanador, los cuerpos de aquellos grandes hombres que dentro de sus tripogeos nos legaron el tesoro de su civilización, al oír el comentario grosero y urlesco de la horda curiosa, allí congregada, yo te aseguro, lector, que te explicarás como yo me he explicado, el gesto noble y respetuoso de Lord Carnarvon.

Y a la vez que reivindicarás conmigo la memoria del explorador famoso, participarás de mi indignación ante la turbamulta que pulula burlona e idiota, por el Museo de Kasr-el-Nil, sonriendo ante los venerables despojos de aquellos hombres de grandeza no igualada, expuestos, como miserables muñecos de feria, a la curiosidad torpe y malsana de las gentes.

Diez siglos de civilización, de Arte, legados a la posteridad, son acreedores, por lo menos, al respeto que se tiene a los despojos del último de los villanos,

¡Paz a los muertos!

DE UN LADO A OTRO DEL MAR

TOPICOS VIEJOS y TEORIAS NUEVAS

Por el recorte: SEBASTIAN BAS CALVET

Después de varios meses de permanencia en España, realizando una labor de aproximación hispano filipina, que ojalá sea fecunda, va a regresar a Filipinas, su país, Michel de Champourcin.

Antes de partir, ha hablado largamente con Antonio Zozaya. Y el gran periodista hispano, refiere así, en «El Diario Español» de Buenos Aires, aquella charla interesantísima:

«Al estrechar la mano para despedirme del compañero afectuoso y cordial, ví en su mirada y adiviné en su acento una no disimulada melancolía. «Vamos quedando pocos—me dijo.—Cada vez somos menos, y si nadie cuida de reavivar los ideales que deben unirnos, muy pronto, más pronto de lo que pudiera creerse, la influencia de España en el Archipiélago será nula, y, por su parte, los isleños habrán perdido una base firme para defenderse de la dependencia de los norteamericanos y para crearse una personalidad definida que los haga respetables lo mismo a los ojos de los asiáticos que de los americanos y de los europeos».

Es verdad. El viaje de los aviadores españoles, ha reanimado el prestigio de España en Oriente; pero eso no basta y es preciso que los gobernantes de uno y de otro país, se percaten de la importancia que para ambos tiene el mantenimiento de lazos de interés y de afectos, que no solamente se justifican en la Historia, sino en las perspectivas de lo futuro.

El coronel García Caminero, en un libro muy interesante y documentado, hace observaciones que no deben ser desatendidas cuando se trata de la necesidad de una unión espiritual y efectiva entre los pueblos que hablan nuestra lengua. «Hasta ahora —dice— no hemos hecho sino derrochar toda la lógica posible para demostrar de qué manera nos ha sido grato el ver tanto país independiente para que ellos olviden, a su vez, los pretendidos agravios de nuestra tiranía colonizadora». Todo ello no es bastante. Por raza y por lengua estamos en los más de noventa millones de seres. En estos momentos el Mundo aspira a constituir agrupaciones étnicas. Somos, pues una fuerza positiva, una masa homogénea, superior en número a todas las civilizadas, excepto la eslava y la inglesa.

Pero todo se malogra por una falsa concepción de lo que debe ser el hispanoamericanismo.

«Siempre que hemos buscado la aproximación de los pueblos de nuestra raza allende el mar—sigue diciendo García Caminero—lo hemos hecho con los procedimientos que caracterizan a los Juegos florales: discursos previos discretos... y después, nada. ¿Qué es la Fiesta de la Raza sino una «manera» española de considerar el problema? Y conste que esto lo hemos oído decir cien veces en América con gran pena de nuestra parte.

Llamado quien esto escribe durante cuatro años por el Ayuntamiento para colaborar en la preparación de la dichosa Fiesta, se ha cansado de decir, que había que comenzar por desmontar a Isabel la Católica y por no hablar más a los americanos de la grandeza histórica de su madre. Lo que interesaba era oírlos a ellos, escuchar su voz, hacer que la Fiesta fuera «suya exclusivamente» y pedir a los gobiernos que hicieran algo por atraer a pueblos libres que se hallan asqueados de la retórica huera y dispuestos a darnos un recibo en que conste que se han enterado de que Cristóbal Colón descubrió el Nuevo Continente, de que grandes capitanes heroicos de España dominaron a los indígenas, de que nuestras leyes de Indias fueron muy sabias y de que los nacidos en la Península somos todos muy arrogantes, guapos y corteses y capaces de las mayores hazañas, porque es preciso que alguien alabe a la novia, y nadie más a propósito que alguien de su familia.

Pero esto en América, surte efecto contrario al que nos proponemos buscar. Mayores de edad y emancipados, los americanos se juzgan, con razón, tan buenos como nosotros, y lo que quieren que se les diga, es qué bienes pueden alcanzar con esa unión espiritual que les predicamos a todas horas, y, en la espera de una contestación categórica, algunos se apartan de nosotros, y los libros españoles no se leen, y nuestras mercancías, no se compran, y de nuestro resurgimiento nadie se entera. Si cesara la emigración, pasaría muy pronto en la América

española exactamente lo mismo que Champourcin teme que ocurra con Filipinas.

He oído decir, a más de un americanista, de los que creían en la eficacia de Círculos sostenidos por el juego de azar, que no había que hablar de intereses, porque los lazos que deben unirnos a españoles y a americanos, son románticos. Pues bien, no lo creo. Entre individuos, cabe que los afectos sean desinteresados; entre los pueblos, no lo son ni deben serlo, porque obras son amores y la psicología colectiva no es lo mismo que la individual. Dos naciones que recordaran a Romeo y Julieta o a Isabel y Marsilla, serían dos monstruos. A los pueblos no los puede unir sino un mutuo interés, y solamente en este sentido, como medio de desarrollar intereses comunes, puede unirlos el idioma. Se entiende siempre que hay intereses elevados y groseros. Por eso, un Ugarte o un Blanco Fombona, hacen más por la unión de españoles y americanos, que todos los entonadores de alabanzas a la España tradicional, porque han hecho ver a la América una España nueva y a España una América no necesitada de tutela, sino rica en potencialidades y en hombres, que, como ellos, honran a una nación y a la Humanidad a que pertenecen.

Creemos intereses mutuos. Quitemos aranceles; prediquemos la conveniencia para las Repúblicas americanas de una alianza bajo el arbitraje español; fundemos zonas francas para mercancías y productos americanos; demos ciudadanía a sus hijos; subvencionemos a Compañías de barcos ligeros y rápidos; intensifiquemos el comercio, y hagamos que los americanos en España estén en su casa, y poco a poco se irá consiguiendo lo que no pueden alcanzar las presuntuosas vanidades de quienes se figuran que estamos en los benditos tiempos de los virreyes.

Muy bien está que algunos héroes de la aviación vayan y vengan a América en cuatro días; pero sería mejor que las mercancías fuesen y viniesen en quince días, sin encontrar a su llegada unas tarifas prohibitivas y una falta de organización comercial propia de los cantores del siglo XVI y desconocedores de las necesidades del XX.